



Arte y espiritualidad en el beato Josemaría Escrivá de Balaguer

María Antonia Virgili Blanquet

Catedrática de Historia de la Música
Universidad de Valladolid

Al evocar la figura del beato Josemaría, con motivo del Centenario de su nacimiento, quiero centrarme en un aspecto singular de su personalidad, tal vez no sea el que más define su figura, pero sí veo la particular incidencia que ha tenido en el ámbito del arte, donde ejerzo mi trabajo.

Me refiero a su sensibilidad para captar en profundidad la belleza, a través de signos sensoriales, unas veces *«magníficos»*, en el sentido literal del término, como pueden ser escenarios naturales o grandes obras de arte; otras veces, ante pequeños prodigios cotidianos, resultado del trabajo bien hecho.

Me parece significativo que uno de los momentos de máxima vivencia interior de su vida esté también entrelazado con el signo de lo sensorial: el repique de las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles se graba en su alma junto con el mensaje que Dios le hace ver el 2 de octubre del año 1928. Ya nunca dejarán de resonar en su interior. Así lo evocó durante toda su vida. En febrero del año 74 –le faltaba poco más de un año para morir– escribía a sus hijos diciendo que quería transmitirles ... *la misma alegría e igual vigilia de espíritu que dejaron en mi alma –ha transcurrido ya casi medio siglo– aquellas campanas de Nuestra Señora de los Ángeles* (Carta 14–11–74, n.1).

El Fundador del Opus Dei, inserto en el siglo XX y testigo de sus convulsiones, se convierte desde ese 2 de octubre en instrumento de Dios para proclamar el mensaje de la llamada universal a la santidad. En numerosas ocasiones, ante la pregunta de un padre de familia, o de un profesional, o de una mujer incorporada al mercado laboral, sobre la forma de llegar a esa meta, la respuesta era similar: *«hay un solo puchero»*; cada uno puede tomar lo que

necesite; podrán cambiar las circunstancias, el medio o la materia que cada uno debe santificar, pero la esencia es la misma: buscar a Dios por medio del trabajo ordinario. Se convierte así el trabajo –cualquiera que sea– en algo bello, por estar bien realizado y porque dignifica, tanto a la persona que lo realiza, como a la sociedad que lo recibe.

De ahí que ese mensaje tenga también inspiraciones para los artistas. Entre los escritos del Fundador del Opus Dei no encontramos una teorización explícita de cuestiones artísticas, ni en su predicación aparece, como tema central, la reflexión estética o las relaciones entre arte y trascendencia. Pero, con el *«don de lenguas»* que le caracterizaba, empleaba con frecuencia ejemplos o anécdotas relacionados con el tema. Mons. Javier Echevarría, actual Prelado del Opus Dei, recoge en un breve ensayo –Mons. Escrivá de Balaguer, un corazón que sabía amar– unas palabras del beato Josemaría con las que animaba a buscar la santidad por medio de las realidades menudas de cada día: *Me diréis que todos esos detalles son pequeñas pinceladas, sin categoría. Os contesto enseguida que las pequeñas pinceladas no carecen de importancia: fijaos que quinientas mil..., ¡bien trazadas!, hacen un cuadro, una obra de arte*. Su agudo sentido de la belleza y la finura de su espíritu revelan el trasfondo de su vida cotidiana y la profundidad con que sintió y vivió las experiencias que emanan del mundo del arte en sus distintas manifestaciones.

Las inclinaciones estéticas del beato Josemaría se manifestaban en lo más normal e inmediato de la vida. Conjugando el sentido artístico con el práctico, se inspiraba en lo que veía para captar ideas y realidades concretas que luego servían en la construcción o decoración de edificios. Por su trabajo viajaba con frecuencia

y no dejaba caer al vacío los detalles o soluciones arquitectónicas que podían aplicarse a lo que en aquel momento tenía entre manos. Esta forma de captar y reproducir explica que en su primera juventud planteara a su padre el deseo de ser arquitecto. Vocación profesional que después abandonó ante la Voluntad de Dios, pero que, sin embargo, afloraba en él de modo natural.

Una de las materias donde queda más patente su forma de apreciar y entender la belleza, es en su dedicación a dignificar el arte sacro. En el punto 836 de Forja dejó escrito: *Los objetos empleados en el culto divino deberán ser artísticos, teniendo en cuenta que no es el culto para el arte, sino el arte para el culto.* Otro punto de ese mismo libro termina con esta afirmación: *A mí, para el Señor, todo me parece poco.* Son dos aspectos importantes, relacionados con el culto y la piedad, que estarán siempre presentes en los encargos artísticos que hacía el beato Josemaría.

Su profunda devoción mariana y determinados hechos, vinculados sin duda con su vida interior, tienen reflejo en la extendida devoción a la Santísima Virgen que propagó, por medio de numerosas imágenes que sirven como acicate para la piedad en los centros del Opus Dei. En algunos casos estas imágenes se habían adquirido en pésimo estado, pero eran obras de cierta prestancia artística que podían ser restauradas. En Forja describe su actitud, muy clara al respecto: *Deber cristiano y de ciudadano es defender y fomentar, por piedad y por cultura, los monumentos diseminados por calles y caminos –cruceros, imágenes marianas, etc.– reconstruyendo los que la barbarie o el tiempo destruyan.*

Son muchos los casos concretos que podrían señalarse y que reflejan esta sensibilidad del Fundador del Opus Dei. Recién

llegado a Roma, en 1946, visitaba tiendas de objetos usados, que adquiriría por muy bajo precio, y que se restauraban posteriormente para la decoración de la casa, recién alquilada y ubicada cerca del Vaticano, en la Plaza Città Leonina. En una de esas correrías, localizó una preciosa imagen de la Virgen, de autor anónimo, pero cercano al estilo de algún pintor de la escuela sienesa del XV; adquirida con gran esfuerzo, aunque su precio fuera módico, fue rápidamente instalada en el oratorio. Y Ella acogió, sin duda, la encendida oración del beato Josemaría en momentos importantes de la historia del Opus Dei.

Cuando la imagen se encarga a un artista, la primacía del culto impone, por sí misma, unas ciertas condiciones particulares a lo estrictamente artístico. Era frecuente que las referencias que el beato Josemaría proporcionaba al escultor o pintor, fueran obras de arte que había tenido ocasión de contemplar en iglesias o en museos y que, por su ternura o belleza o por cualquier otro rasgo, movían a la piedad. Cuando no había un referente artístico concreto, en algunos casos, el beato Josemaría facilitaba a los artistas determinadas sugerencias. Esto ocurrió, por ejemplo, con un Cristo crucificado, hecho de bronce, dorado al fuego, para el que les indicó que debía representarse sin lanzada, es decir antes de morir y con los ojos abiertos. Del molde se realizaron dos piezas de fundición, una de las cuales preside la capilla del Santísimo en el Santuario de Torreciudad y otra se conserva en una ermita de Roma.

También son muy ilustrativas, en este sentido, las indicaciones que dio Mons. Escrivá para realizar el retablo de Torreciudad. Manuel González-Simancas, arquitecto, recogió sus palabras, en un libro sobre el santuario publicado en 1988 por ediciones Rialp:

los temas de las escenas representadas deben entrar por los ojos: que sirvan para dar doctrina; el retablo será una lección de catecismo; será una obra de la escultura de hoy, de buena factura y bien acabada, con la particularidad de que deberá mover a devoción, tanto a personas de gran cultura artística como a las que no posean conocimientos técnicos, y también a los niños.

Si la arquitectura es el marco espacial donde se desarrolla la liturgia y la pintura e imaginería contribuyen a adentrarnos en el misterio divino, la música es, sin duda, el arte vinculado intrínsecamente con la liturgia. En este punto es destacable el profundo amor del beato Josemaría por el patrimonio musical del rito romano. Siguiendo las continuadas indicaciones del Magisterio Pontificio, manifestó su interés de que todos los cristianos, y especialmente los que se acercan a las labores apostólicas de la Obra, conocieran diversos repertorios gregorianos, así como algunas obras sacras de los grandes polifonistas del siglo XVI. Fiel a la reforma litúrgica auspiciada por el Concilio Vaticano II, el Fundador del Opus Dei hizo siempre hincapié en una interpretación hecha con piedad, y que supusiera un verdadero vínculo de unidad con Cristo para los que asistieran a la celebración.

Cobra actualidad este tema ante la crisis: que experimenta en nuestros días el arte sacro. El Santo Padre Juan Pablo II, en su Carta a los artistas de 22 de abril de 1999, recuerda la necesidad del diálogo fe-cultura y hace un llamamiento a los artistas: *la mía es una invitación a redescubrir la profundidad de la dimensión espiritual y religiosa que ha caracterizado el arte en todos los tiempos, en sus más nobles formas expresivas.* Y más adelante les recuerda su misión: *os toca a vosotros, hombres y mujeres que habéis dedicado vuestra vida al arte, decir con la riqueza de vues-*

tra genialidad que en Cristo el mundo ha sido redimido... ésta es vuestra misión. En contacto con las obras de arte, la humanidad de todos los tiempos –también la de hoy– espera ser iluminada sobre el propio rumbo y el propio destino.

Desde las primeras manifestaciones de la actividad artística en la humanidad, el arte aparece como «mediación»; el hombre necesita recurrir a formas que, siendo materiales, reflejan una actividad que trasciende la estricta materialidad y por ello se convierte en lugar idóneo de encuentro con la divinidad. Arte y hombre se presentan intrínsecamente unidos; no hay obra de arte que no salga de las manos del ser humano. Cuando esta actividad va en concreto vinculada al ámbito de lo sacro, la concepción antropológica recibe entonces nuevas determinaciones, porque la presencia de lo divino se realiza de una manera más singular. Es necesario recordar la verdad que la Iglesia enseña: la Encarnación del Verbo ha manifestado el sentido trascendente de todo lo humano. Es éste uno de los grandes mensajes del Concilio Vaticano II, que en su Constitución Pastoral *Gaudium et spes* –dirigida a todos los hombres– abre un diálogo con el mundo moderno pidiéndole a su vez una apertura a la trascendencia.

Unas palabras del Fundador de la Obra recuerdan la tarea del cristiano, atractiva por su belleza y vigente para los hombres y mujeres del nuevo milenio: *Cristo muriendo en la Cruz, atrae a sí la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas* (Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 59).

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.